

## 24. P. Camilo Foncillas

*El P. Camilo Foncillas nació en Pertusa (Huesca) en 1752. Estudió en Huesca la filosofía y jurisprudencia, en cuya facultad se licenció. Vistió el hábito escolapio en 1771 y profesó en Peralta al año siguiente. Enseñó en las clases inferiores y luego gramática y retórica. Muy pronto fue encargado del noviciado, con el nombre de pro-maestro (1782-1784) por ser demasiado joven. Después es trasladado a Zaragoza para dirigir el internado y enseñar Retórica. Fue famoso orador. Nombrado Rector de Zaragoza (1804-1814) cuidó de la observancia y de sus religiosos, gestionó los intereses de la casa, mejoró los asuntos económicos y la riqueza agrícola del Colegio, y durante los Sitios se pusieron de manifiesto sus nobles y humanitarios sentimientos. El rey intruso, por decreto del 12-3-1809, suprimió todas las comunidades religiosas de Zaragoza, pero el P. Foncillas consiguió de la Junta mantener su colegio. Cuando vino la paz fue nombrado Provincial (1814-1817) y trabajó para restaurar los colegios casi arruinados. Fue vocal en los Capítulos Generales de Zaragoza (1825) y Valencia (1830), donde fue nombrado Asistente, pero un ataque de hemiplejía le ocasionó la muerte en 1832.*

*El P. Camilo fue un orador muy solicitado en Zaragoza. Ofrecemos su "Discurso de Acción de Gracias al Todopoderoso que en la solemne función celebrada por el Ilustrísimo Ayuntamiento de Zaragoza por su libertad y rendición del Castillo de la Aljafería pronunció en el templo metropolitano del Pilar el Camilo Foncillas de Santa Teresa, Rector de las Escuelas Pías, el día 4 de agosto de 1813"<sup>1</sup>.*

*Ipse castigavit nos propter iniquitates nostras, et ipse liberavit nos propter misericordiam suam.* El mismo que nos ha castigado por nuestras maldades es el que nos ha libertado por su misericordia. Palabras del libro de Tobías al capítulo 13 versículo 5.

Encargado yo el día de hoy a nombre de esta Ciudad Augusta e Ilustrísima y de todos sus heroicos Ciudadanos, de tributar al Cielo las debidas acciones de gracias por un cúmulo de beneficios, los más singulares que dieron jamás los siglos, constituido el intérprete de los sentimientos de tan generosos y nobles corazones, ¿Por dónde comenzaré mi discurso? ¿Qué diré? ¿En dónde encontraré ideas y expresiones que correspondan al objeto y a la expectación? Prestármelas Vos, Dios mío, nacedero inexhausto de la más sólida elocuencia. Prestádmelas, Profetas inspirados por este Señor: vuestro entusiasmo solo puede desempeñar dignamente esta función, y solo vuestros conceptos sublimes y divinizadas palabras son capaces de llenar cumplidamente el gusto de tan pío y religioso Auditorio. Dejadme, pues, exclamar en el exceso de mi alegría, y aun exclamad todos conmigo: Bendito sea<sup>2</sup> el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y hecho la redención de un pueblo. Cantemos<sup>3</sup> al Señor, porque se ha engrandecido gloriosamente: al caballo y al jinete ha sumergido en el mar. Y Este es el día<sup>4</sup> que hizo el Señor, alegrémonos y regocijémonos en él. Esta<sup>5</sup> es la mudanza de la diestra del Excelso.

Es así. Porque ¿quién otro la pudiera hacer sino aquel *qui fecit mirabili magna solus*<sup>6</sup>, que es el único autor de todas las cosas verdaderamente admirables? ¿Acaso no lo es esta en sumo grado? ¡Oh mudanza! ¡Oh transformación! ¡Qué teatro tan distinto! ¡Qué semblantes, que corazones tan

---

<sup>1</sup> En nuestra Biblioteca Provincial, Papeles Varios, 8/2 f. Publicado en la imprenta del Hospital, 1813. 15 p.

<sup>2</sup> Lc 1, 68.

<sup>3</sup> Ex 15, 1.

<sup>4</sup> Sal 117, 24.

<sup>5</sup> Sal 76, 11.

<sup>6</sup> Sal 135, 4.

diferentes! ¿Sueño yo o estoy despierto? ¿Es ilusión o realidad cuanto vemos y oímos y encontramos dentro y fuera de nosotros? ¿Qué nuevos huéspedes son esos tan humanos, tan afables, tan conformes a los deseos de nuestro corazón, tan hijos de una misma madre, tan hermanos nuestros? ¿Celebramos esta solemnidad en la tierra o en el cielo? Porque si en aquella dichosa mansión de los Bienaventurados todo es concordia, hermandad, alegría y efusión de corazones unidos en Dios, ¿no experimentáis vosotros alguna cosa semejante? ¿No es esto algún remedo de aquello? O ¿qué puede faltarle para que lo sea cumplidamente, sino acaso la estabilidad, la duración, la firmeza?

¡Ah, Zaragozanos míos! Vosotros sabéis cuán de corazón os amo. Sabéis que soy un venerador sincerísimo de vuestras prendas extraordinariamente amables, un eterno panegirista de vuestro valor, de vuestra lealtad y generoso patriotismo. Pero por lo mismo no quiero adularos; antes bien, ansioso de perpetuaros la felicidad que al presente disfrutáis, y que sea mayor cada día, deseo que reflexionéis conmigo en este breve rato los designios de Dios sobre nosotros en estos últimos años. Designios siempre propios de un Padre el más cariñoso, siempre infinitamente adorables. Miradlo, y veréis palpablemente que, si su justicia nos ha castigado, ha sido solo haciéndole (digámoslo así) nuestras maldades cierta especie de violencia, y que, si por dos veces nos ha librado ya del yugo más inicuo, ha sido por sola su misericordia, para que la alabemos y amemos eternamente.

Porque, es preciso confesarlo, nosotros habíamos pecado, y pecado mucho. Los escándalos de la Corte en el último reinado contagiaron también las Provincias, y el fermento de la corrupción se extendió hasta nosotros. Los abusos y la depravación cundían rápidamente en el clero y en el pueblo, hasta tal punto que, irritado el Señor, sacó de los tesoros de su ira uno de los Genios más desoladores y malignos que ha destinado jamás para castigo de las naciones pervertidas. Ya la Italia, la Holanda, el Austria, la Prusia habían experimentado los efectos de su furor: ya con capa de amistad y por una perfidia inaudita se hallaban en su poder las plazas que desde muchos siglos habían sido nuestra barrera impenetrable; ya sus ejércitos, llamados entonces invencibles y reducidos ahora al extremo del abatimiento y de la ignominia, se habían derramado hasta el corazón de nuestra Península; ya con un beso de paz semejante al del Apóstol de Iscariot había llamado a sí y aprisionado al inocente Fernando; ya la Europa toda, fijos en España sus ojos, creía inevitable nuestra ruina, y trémulas nuestras ciudades esperaban el momento en que iba a descargar sobre sus cabezas el rayo exterminador. Cuando, cauta y llena de religión, Zaragoza, reconociendo la justicia del castigo, acudió a la misericordia para detenerlo. ¡Qué rosarios tan devotos! ¡Qué rogativas, qué procesiones de penitencia no se vieron entonces! ¡Qué mudanza de costumbres! ¡Qué reforma de lujo y de desnudez en los trajes! ¡Qué compostura en las acciones! ¡Qué moderación en las palabras! Y esto hecho, ¿quién no vio desde luego que, el mismo que había comenzado a castigarnos por su justicia, nos libró del exterminio por su misericordia, excitada sin duda por las súplicas de esta su divina Madre, y nuestra Madre?

No quisiera ser demasiado crédulo: soy enemigo de toda patraña y superstición. Pero tampoco quisiera con este pretexto ser ingrato a los beneficios de Dios y oponerme a los designios de su providencia siempre amorosa para con nosotros. Yo no vi la famosa palma aparecida en el aire sobre este templo sagrado, pero no una sino muchas personas, seguramente despreocupadas y del todo fidedignas, me aseguran que la vieron. ¿Y qué lógica, qué buena fe me permiten creer que no dicen la verdad y quieren engañarme? Sé muy bien que esto pudo ser un efecto natural de la combinación de los elementos. Prescindo por ahora de esta cuestión. Pero ¿acaso el Iris, por ser efecto natural de la refracción de la luz, deja de ser indudablemente una señal dada por el mismo

Dios del pacto eterno<sup>7</sup> que hizo con el linaje humano de que no enviaría ya más diluvios sobre la tierra? ¿Por qué, pues, no podremos pensar lo mismo de aquella palma? ¿Las circunstancias no eran tan extraordinarias que mereciesen anuncios extraordinarios? ¿Acaso los efectos no correspondieron al significado? ¿Los anales del mundo presentan victorias que puedan compararse con las que consiguió Zaragoza en su primer sitio? ¿Infundir valor a unos meros e indisciplinados paisanos para arrollar las decantadas legiones de Jena y Austerlitz, obstinadas tantas veces en penetrar unas tapias miserables, no es cosa propia del Cielo y digna de que este mismo la anunciase?

¿Qué diré del día 4 de agosto, en cuyo aniversario felizmente nos hallamos? Día gloriosísimo sobre todo los del año, ¡día digno de eterna memoria y de un agradecimiento perdurable! ¡Qué intrepidez, qué heroísmo tan increíble! Introducidos por fin en Zaragoza los enemigos después de más de cincuenta días de sitio, enseñoreados de gran parte de la ciudad y de ese Coso espaciosísimo, lejos de tratar de rendirse, sus Ciudadanos se organizan, los acometen, los arrollan, dejan sus calles cubiertas de cadáveres franceses, arrinconan a los restantes, y de tal manera los intimidan que, desesperados de poder salir con su empresa, abandonan dentro de pocos días el sitio, y nos dejan libres. He aquí la misericordia de Dios sobre nosotros, y misericordia grande, que exigía y exigirá eternamente de nuestra parte un agradecimiento purísimo y sincerísimo.

¿Quién pudiera creer que habíamos de olvidarlo jamás, y que nuestras obras y palabras no habían de acreditarlo eternamente? Pues, con todo, no fue así, Zaragozanos, y yo os aseguro con verdad que, así como jamás he visto esta ciudad más santificada que en los meses que precedieron a su primer sitio, tampoco me acuerdo haberla visto más olvidada de Dios y disoluta que en los que se le siguieron. ¡Qué embriagueces! ¡Qué discordias! ¡Qué escándalos! Vos me sois testigo, Dios mío de que muchas veces al pasar por esas plazas y calles, y oír las execraciones, las blasfemias, las torpezas más abominables, temeroso de lo que nos iba a suceder, os dije en la amargura de mi corazón: *Domine<sup>8</sup>, non secundum peccata nostra facias nobis; neque secundum iniquitatis nostras retribuas nobis.* Señor, no os portéis con nosotros según merecen nuestros pecados; no nos castigéis a proporción de nuestras maldades. Pero mis súplicas no eran dignas de ser oídas. Cansada de sufrir, la justicia recobra sus derechos, y descarga sobre nosotros el golpe fatal. Ejércitos incomparablemente más numerosos nos cercan por todas partes: la peste, el hambre, la guerra con un furor inaudito, se conjuran a un tiempo mismo contra esta Ciudad infeliz. De nada sirven el valor y la constancia de sus ciudadanos; es preciso rendirse y sufrir el duro cautiverio de cincuenta y dos meses para que se expiasen nuestras maldades.

En medio de él nos ha consolado, Señor, el conocimiento y la fe de vuestra piedad infinita, y la justicia de la causa que hemos defendido, y que Vos mismo no podáis dejar de mirar como vuestra. Esta confianza, la humildad y fervorosas oraciones de muchas almas justas, y más que todo las súplicas de esa Madre amorosísima, vemos por experiencia que os han reconciliado enteramente con nosotros, Dios mío; con nosotros, que somos tu Pueblo y las ovejas de tu rebaño. Sí: tú has hecho que nuestros ejércitos, con una velocidad superior a las del rayo, volasen desde las fronteras de Portugal hasta más allá de los Pirineos, pulverizando cuantas huestes intentaron oponérseles. Tú has enviado el terror delante de ese corto número de guerreros que se dirigieron a esta ciudad, y mandado que la abandonasen precipitadamente y con la fuga más vergonzosa aquellos mismos enemigos a quienes había costado su conquista meses enteros de fatigas y ríos de sangre. Tú, apenas asestado los cañones contra ese castillo de la Aljafería, tan célebre desde

---

<sup>7</sup> Gen 4.

<sup>8</sup> Sal 102, 10.

los tiempos más remotos (única espina que nos incomodaba todavía), lo has puesto en nuestro poder, y haces en fin que las noticias más plausibles se suceden unas a otras sin interrupción.

*Sí, Zaragozaños, ipse castigavit nos propter iniquitates nostras, et ipse liberavit nos propter misericordiam suam.* Ved los designios de Dios sobre nosotros, y como el mismo que nos ha castigado por nuestros pecados, ese mismo es el que nos ha libertado por su misericordia. ¿Queréis que esta sea permanente y eterna vuestra libertad? Pues no provoquéis más su justicia: quitad de entre de vosotros los pecados, en especial los escándalos, que son los que la irritan más. Mirad que, aunque desaparezca ese Tirano, tienen reservados otros infinitos en los tesoros de su ira, y otros mil modos de castigar. Destiérrense enteramente de esta Ciudad las blasfemias, los perjurios, las palabras disolutas. Reine la modestia en los trajes, la moderación en las costumbres, el respeto a la religión, a sus ministros, a sus templos, a todas las cosas de Dios. Entonces sí que admitirá este Señor con benignidad nuestras acciones de gracias. Yo os las doy, Dios mío, con todo el afecto de mi corazón a nombre de este Ilustrísimo Ayuntamiento, del Clero, del Pueblo, de todos los Zaragozaños. Y vosotros, Querubines, Serafines, ejércitos celestiales, postrados todos en este punto ante su soberano acatamiento, dádselas más agradables y cumplidas por nosotros. Dádselas después a esa vuestra Reina y nuestra Madre amabilísima del Pilar, consuelo y alegría y gloria eterna de nuestro suelo, a cuyas oraciones principalmente nos reconocemos deudores de nuestra libertad. Ni olvidéis a nuestros celestiales Protectores, al Divino Santiago, a los Vicentes, Engracias, Mártires innumerables, a los Valeros, Braulios, Arbueses, Isabeles, y a cuantos han intercedido a nuestro favor.

Todo esto es justísimo, y el objeto principal de esta sagrada función. Pero ¿acaso sería por eso razonable que olvidásemos en ella los instrumentos humanos de que para librarnos se ha valido la misericordia del Señor? No, ciertamente. La gratitud es una de las virtudes más conformes a los deseos de Dios. Gracias, pues, inmortales a ti, Nación Británica, Nación generosa, libertadora de la España, y aun de todo el continente europeo. Única en haber aborrecido siempre y opuesto tus innumerables recursos como un dique impenetrable a los designios del injusto usurpador. Que el Cielo te colme de bendiciones; a tu amable Rey; a tu ínclito Regente. Que nuestra alianza sea eterna, que tamaños beneficios se perpetúen con el más tierno agradecimiento de generación en generación en los corazones españoles. ¿Qué diré de ti, Lord nobilísimo, inmortal Wellington, de ti, que cuentas tanto número de victorias decisivas conseguidas a nuestro favor cuantas son las veces que han osado presentarse nuestros enemigos ante tus huestes invencibles; de ti, en cuya comparación se achican a mis ojos los Escipiones, los Aníbales, los Césares y cuantos generales ilustres ocupan las páginas de la historia? Que lluevan sobre tu grande alma cuantas gracias y felicidades te desean los españoles más agradecidos. Que nuestras heroínas impriman con la leche tu nombre en los pechos de sus tiernos hijuelos, para que sea eternamente las delicias de nuestra nación. Y vosotros, Zaragozaños, ¿qué diríais de mí si en esta ocasión olvidase al que más inmediatamente ha contribuido a vuestra libertad, a quien vosotros amáis rematadamente, y os gozáis de llamar a voz en grito vuestro libertador? No; yo sé tu modestia, esclarecido Mina; sé que las aclamaciones y alabanzas te llenan de rubor. Que esto y el respeto que profesas a nuestra Santa Religión y a sus Templos te ha impedido asistir en este para que no se profanase su santidad con el rumor de las voces populares. Pero perdóname si al presente no puedo sin faltar a mi obligación dejar de alabarte. Genio original, gloria de Navarra y de la España toda, terror del Galo fiero, héroe por quien anduvieran a competencia por hacerte suyo Esparta, y Atenas, y Roma y cuantas Ciudades produjeron los hijos más ilustres. Los Zaragozaños, llenos de amor por tus virtudes y de agradecimiento por tus beneficios, deseamos, y rogamos con todo el esfuerzo de nuestros espíritus a esa celestial Señora que de hoy más te acoja bajo su protección omnipotente, que se digne admitirte en el número de sus hijos más amados y más dulcemente favorecidos,

prosperando para siempre tus empresas en la guerra y en la paz. Que sean también participantes de sus benéficas influencias esos jefes subalternos, que a tu ejemplo se han hecho tan célebres por su valor y hazañas increíbles, tan beneméritos de la Patria, tan dignos de mandar cada uno de por sí los ejércitos más formidables. Que no quede excluido de su gracia ni el menor de tus soldados, descendiendo por su medio sobre todos ellos y sobre los demás Españoles y sobre sus caros aliados la bendición del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, ahora y en los siglos eternos. Amén.